

Metamorfosis del salvaje en la novela corta del XVII

Isabel Colón Calderón
(Universidad Complutense de Madrid)

1. Presentación general y objetivos

El hombre salvaje aparece tanto en el arte como en la literatura. Se trata, además, de una conocida figura del folklore, motivos F-567 y T93.1 (Rotunda 16, 188; Gómez Tabanera). Voy a indicar las características que se le atribuyen, algunas de las cuales retomaré más adelante.

Puede llevar el cuerpo cubierto de vello, el llamado “hombre salvaje piloso” (López Ríos 1999, 12); puede ir desnudo (Olivares Martínez, 42), o tapado con hojas y ramas, donde se advierte su relación con la Naturaleza (Bartra 1966, 158; Vallejo Naranjo, 23); tiene el pelo largo, que se ha puesto en conexión con la animalidad (Del Río, 149, 150); puede portar una maza o bastón (Olivares Martínez, 42; Alonso 2002, 277), Hércules (Bartra 1996, 54), o un árbol (Bartra 1996, 165 y Bartra 1997, 117), y hay representaciones con arco, así en las escaleras de la Universidad de Salamanca, y, como veremos, en la literatura (Azcarate, 98); su fuerza y violencia le aproximaron al gigante (Vallejo Naranjo, 23; Olivares Martínez, 42) y se ha destacado su vinculación con la sexualidad (Vallejo Naranjo, 24; Berhnheimer), de ahí su posible identificación con sátiros y faunos (Bartra 1996, 51; Vallejo Naranjo, 23); generalmente vive solitario en los bosques, al margen de la civilización (Olivares Martínez, 42), lo que facilitó su afinidad con diferentes animales (Bartra 1996, 145), por ejemplo el oso (Vallejo Naranjo, 25), el jabalí (Berhnheimer, 1; Alonso, 2002, 277) o el león (Azcarate, 86), y se aprecia en la historia de la lucha de Alejandro con hombres y fieras salvajes (Bartra 1996, 109). A pesar de este aislamiento hay imágenes del salvaje en tribus y familias (Bartra 1996, 132, 155, 167; Vallejo Naranjo, 24); a veces habita en una cueva (Del Río, 152-3). El hombre salvaje puede verse no solo como una figura que se coloca en los márgenes de la sociedad, sino también como aquel que forma parte de una existencia ideal, de una especie de mundo edénico y primitivo, que permite su asimilación con Adán (Pizarro Gómez y Mogollón 1993-4, 459; Bartra 1996, 87, 91).

Por su parte, la mujer salvaje también puede mostrarse velluda, como ermitaña, en relación con María Egipciaca y María Magdalena (Bartra 1996, 93).

Se ha señalado su cercanía con otros tipos y personajes, así con los mencionados gigantes, sátiros y faunos; me referiré más adelante a Polifemo, Segismundo, Cardenio y San Juan Bautista; además, hay que citar al villano del Danubio de Guevara (Bartra 1997, 44; Guillén de la Nava), los melancólicos (Orobítg, 51), los locos (Olivares Martínez, 43; Vallejo Naranjo, 26), los ermitaños (Del Río; Vallejo Naranjo 26), algunos de ellos velludos (Bartra 1996 79, 89), San Juan Bautista (Del Río, 148; Bartra 1996, 82), pastores (Del Río; Alonso 2002), y caballeros que se retiran al bosque, en un hibridismo en ocasiones difícil de deslindar (Alonso 2002,

276). Esa mezcla se advierte, por ejemplo, en *Los doce trabajos de Hércules* de Enrique de Villena, el cual, al precisar quiénes forman parte del “estado de solitario”, afirma que engloba “ermitaños, anacoretas, emparedados, reclusos o encerrados, silvanos e apartados e todos los otros que biven arredrados de compañía e se dan al contemplativo bevir” (Villena 10).

Ha surgido en diferentes manifestaciones iconográficas, en cajitas de marfil, en portadas de edificios, como tenantes de escudos, en tapices, sillería de coro de catedrales, (Azcárate; Bartra 1996, 1997; Olivares Martínez; Pizarro Gómez y Mogollón 1993-4), así como en las portadas de libros (Azcárate, 89).

Tuvo además importancia en celebraciones de diferente tipo (Azcárate, 97; Del Río, 148), por ejemplo en las fiestas del Buen Retiro de Madrid en 1637 (Pizarro Gómez 1987, 138).

El motivo del salvaje ha sufrido toda suerte de reelaboraciones literarias. Nos encontramos salvajes en diversos géneros literarios españoles. Se ha subrayado su existencia en la época medieval (López Ríos 1994), se ha vinculado con las serranas del arcipreste (Zink; Deyermond, 19-20; Spitzer; Monique de Lope; López Ríos 1999, 75-88), su presencia en la poesía del XV (Deyermond, 24-26; Alonso 1993), la novela sentimental (Deyermond), caballeresca (Del Río 151; Vallejo Naranjo 27; Foti) y pastoril (Avalle-Arce, 85-90; Del Río), y en las crónicas del XV (Pérez), al igual que su relación con el tipo del buen salvaje (Bartra 1997, 44). Hay que tener en cuenta los avatares del personaje en el teatro del Siglo de Oro (Mazur; Antonucci), en especial, el Segismundo de *La vida es sueño* (Egido; Madrigal), así como su conexión con Polifemo (Alonso 2002), y no habría que olvidar los salvajes de Cervantes, sea los que aparecen en las bodas de Camacho en II, 20 (Cervantes, 708), en II, 41 en el episodio de Clavileño (Cervantes, 855; Pinillos, 97, 99), o la figura de Cardenio y el propio don Quijote (Colón, en prensa); y por último quiero subrayar la interpretación de Andrenio en *El Criticón* de Gracián como hombre salvaje (Bartra 1997, 124; López Poza, 154, 158). Se debe tener en cuenta la proximidad de la mujer salvaje con la literatura hagiográfica, como ha sido puesto de relieve por Gómez Moreno (144).

Empero, no se han rastreado los salvajes de la novela corta del XVII, ni se ha hablado de su caracterización, tipos, e implicaciones filosóficas, aunque en alguna edición hay alusiones a estos personajes (*Novelas cortas del siglo XVII*, 109).

Me voy a detener entonces en el salvaje en la novela corta del XVII y en alguna de las traducciones de los *novellieri*, así como en los cambios que sufrió la figura del salvaje.

2. El salvaje en la novela corta del XVII

2.1. Introducción

Voy a tener en cuenta tanto textos en que se mencionan explícitamente los salvajes, así como otros en que algún personaje podría relacionarse con ellos. Me fijaré en la localización, la caracterización, y la situación estable o temporal del salvaje, para analizar luego más despacio *La prodigiosa* de Pérez de Montalbán y su aparición en la narrativa de Zayas.

2.2. Localización

En las historias en que aparecen salvajes se suelen buscar espacios poco conocidos por los lectores españoles o que les podían resultar extraños: Macedonia (Eslava), Armenia (Pérez de Montalbán), Polonia (Castillo Solórzano), Patmos (Abarca). Únicamente transcurren en España *Aventurarse perdiendo* de Zayas y *El monstruo de Manzanares* de Sanz del Castillo.

En el *Apólogo de la ventura en la desdicha* (Castillo y Pedrosa) de la *Vigilia y Octavario de San Juan Bautista* de Ana Francisca Abarca de Bolea (1679) se desarrolla en Patmos la estancia de un personaje. El lugar ha de relacionarse con la temática religiosa de la obra, ya que allí se supone que estuvo San Juan Evangelista, según se precisa en la misma *Vigilia y Octavario* (221, 292). Se indican un páramo, una “despoblada isla” (85) y un valle entre dos piedras, que es calificado de “sepulcro viviente” (86); en esa isla un hombre permanece más de un año, primero solo y luego con una mujer (87), y vuelven más tarde a la ciudad de él, Tebas. Su hijo está asimismo un tiempo en unos “solitarios montes [...] espesura de árboles” (97), esta vez en Florencia. En ningún caso se emplea el término “salvaje” para describirlos, pero el lugar y, como veremos, el aspecto de los dos me permiten acercarlos al tipo folclórico del salvaje.

En todo caso, aunque la ubicación pudiera resultar familiar a los lectores, se encuentra apartada, como hemos visto con Florencia; el personaje puede perder el camino, como en las serranillas (Zink 1972, 99), llegar a un “espeso bosque” y “desiertos bosques” y descubrir allí al salvaje (Eslava 166, 167); o se puede hallar en una zona no precisada, pero “muy distante” del centro, como ocurre en Zayas, en una de cuyas novelas una mujer habitará en “unas peñas muy encubiertas” lejos de la corte del emperador de Alemania (Zayas 1998³, 454).

No siempre los lugares son agrestes. Me voy a detener en dos casos.

Tenemos, por un lado, lo que ocurre en el *Honesto y agradable entretenimiento de damas y galanes*, traducción de Francisco Truchado (1578) de las *Piacevoli notti* de Giovan Francesco Straparola (VII, 5, entiendo que en 1553; Straparola 2016, 11; Straparola 2014, 82-87). En II, IX, 3 de Truchado hay una “floresta muy amena” en medio de “umbríos y frondosos valles y espesos bosques, y en solitarias y resonantes selvas e inhabitables collados [...] solitarios bosques [...] montuosos bosques”, “frescas y solitarias arboledas”, donde cantaban los pájaros (Straparola 2016, 397). Se insiste en el alejamiento de zonas urbanas (“solitarias”, “solitarios”, “inhabitables”) y en la naturaleza densa (“frondosos”, “esposos”), puede que agreste parcialmente (“montuosos”), pero no desagradable (“floresta muy amena”, “frescas”) y donde los pájaros ocupan un lugar primordial: “dulce armonía y suave canto del ruiseñor”, “dulzura del canto” (397).

Por otro, en *El monstruo de Manzanares* de Sanz del Castillo de *La mojiganga del gusto* (1641) se produce una violación en la Casa de Campo de Madrid; la dama, que al principio cree que es su enamorado el que se acerca a ella disfrazado de oso, se oculta “entre las redes sutiles, unos tejidos mirtos y parras” (Bonilla, 343), y estos elementos son nombrados de nuevo como “enmarañados mirtos, árboles y madreSelva” (Bonilla, 355), “enjuncados arrayanes y zarzamoras” (Bonilla, 357) y “arracimados cogollos de madreSelva, estrechamente unidos y mezclados con varias y

hermosas ramas de diferentes, si usadas, colores” (Bonilla, 358). Y veremos una mezcla de espacios en *La prodigiosa* de Pérez de Montalbán.

Si se precisa la vivienda puede ser una cueva (Beatriz, Zayas; Pérez de Montalbán, 44. Castillo Solórzano, 139; Abarca, 86). La de *La inclinación española* de *La quinta de Laura* de Castillo Solórzano es muy especial, es “una oscura cueva [...] en peña viva [...] con mucha comodidad”, aunque sin luz al principio y luego con la de una vela (139).

2.2. Caracterización

2.2.1. Apariencia

El salvaje puede ir vestido de pieles (Sanz del Castillo; Eslava; Pérez de Montalbán), de piel de tigre manchada (Pérez de Montalbán). Destaca especialmente lo que ocurre en *El monstruo de Manzanares* de Sanz del Castillo. En esta novela dos hombres se disfrazan, con vestimenta alquiladas a una compañía que las había utilizado en autos sacramentales (Bonilla, 347); al principio solo uno de ellos sabe que son dos los disfrazados, mientras que los demás personajes consideran que el monstruo es solo uno, de ahí en ocasiones la dificultad para el lector de separar las referencias. En todo caso, de uno, violador de una joven con la que termina casándose, se dice:

[...] uno al parecer monstruo bruto o sátiro vestido de pieles manchadas a trechos, tan guedejudas y ceñosas que ponían espanto aun a quien de lejos le miraba, si bien el movimiento y disposición de talle se determinaba era aborto racional. Traía en la cabeza otra artificiosamente formada con todas sus facciones, semejante a la de un robador oso, los pies y las manos cubiertos de la misma librea y en ellas un arco en que con liberal destreza ministraba agudas flechas [...]. (Bonilla, 339-340)

En otro momento se vuelve a presentar su ropa: “salvaje pellico, y un encorvado arco de marfil grabado de acero, y un carcaj abundante de saetas” (Bonilla, 351). Se le llama “fingido monstruo” (Bonilla, 349), “horrible fiera” (Bonilla, 355), así como “fiero” y “horrendo salvaje” (357).

El otro se pone un vestido “de horribles y fieras pieles de varios animales” (Bonilla, 347), un “guedejudo y brutal vestido, arco, carcaj y flechas” (Bonilla, 351), “vestido de brutales pellejos” (Bonilla, 361), que supuestamente le haría parecer “algún salvaje, aborto de aquellos países” (348). Es llamado “cauteloso monstruo” (Bonilla, 361).

Se comprueba entonces que para los dos se usan términos semejantes: “salvaje”, “fiera”, “monstruo”, “aborto”, “pieles”, “guedejudas”, los dos llevan arco (que hemos visto que podían portar algunos salvajes) y van vestidos con pieles de animales. Pero solo el primero, el violador, tiene la cabeza, pies y manos de oso, animal al que me he referido antes (Pegó, 238-239); además, la descripción de la vestimenta del disfrazado de oso mantiene cierta concomitancia con la ropa de la estrofa IX del *Polifemo* de Góngora: “su piel manchada de colores ciento” (Góngora, 157, 211; Bonilla, 109; Ponce Cárdenas 2009, 213).

Pueden ir sin ropa o rota (Truchado, Abarca, Vital).

El primer salvaje de la *Vigilia y Octavario* cuenta así su encuentro con la mujer: “Dila a entender con cortesana demostración, que era hombre y no fiera, que,

según mi erizado pelo y rotos vestidos, pudo imaginarlo” (Abarca, 87). Por su parte, su hijo regresa a la civilización: “erizado el pelo, muy crecida la barba” (99).

Solo llevan bastón el protagonista de Pérez de Montalbán y el de Abarca (86), aunque acompañado de otras armas (espada en Abarca, 86). Sobresale el arco de algunos personajes (Pérez de Montalbán, Sanz del Castillo), como en las escaleras de la Universidad de Salamanca, pero también como otros salvajes literarios: el del capítulo VII del primer libro de *Palmerín de Inglaterra* (I, 35; Azcárate 97) y los de la *Diana* de Montemayor (Montemayor, 186).

Se alude a veces al pelo (Truchado, Zayas, Pérez de Montalbán), o al pelo y la barba (Abarca, 99). Solo tiene vello corporal el salvaje de Truchado, pero se acerca el disfrazado de oso de Sanz del Castillo.

2.2.2. Otros aspectos

Hay que tener en cuenta otras cuestiones en la caracterización del salvaje en la novela corta: alimentación, educación, violencia, animales.

Se especifica que se nutren de vegetales (Zayas; Abarca, 87) o de animales (Pérez de Montalbán; Abarca, 87).

La educación se precisa en Abarca de Bolea: un hombre enseña su lengua a la mujer, la instruye en la religión católica y la bautiza (Abarca, 87, 88-89); me referiré a ello con respecto a Castillo Solórzano y Pérez de Montalbán.

La figura del salvaje sexual y violento se desarrolla en Sanz del Castillo, según he indicado más arriba, y volverá a aparecer en *La perseguida triunfante* de Zayas. Se advierte una relación con faunos (Truchado), y sátiros (Sanz del Castillo, 339).

Es evidente asimismo la aproximación en diferente medida con los animales. Suelen ser mencionados en el retiro de los personajes, bien sea porque los oyen (Truchado), los cazan (Pérez de Montalbán; Abarca, 87), o viven junto a ellos (Pérez de Montalbán; Zayas). Son presentados en ocasiones ellos mismos como tales: “horrible fiera” (Sanz del Castillo, 355), “monstruo bruto” (Sanz del Castillo, 339), o de forma más general como “monstruo” (Sanz del Castillo, 339, 349, 361; Pérez de Montalbán). La identificación entre animales y salvajes se actualiza de la siguiente manera: “le imaginaría ser algún salvaje, aborto de aquellos países, por haber tenido en aquella casa de recreación los Reyes Católicos de España algunos silvestres y extraños animales” (Sanz del Castillo, 348).

Esta condición salvaje se enuncia a veces con cierta cautela: “uno al parecer monstruo” (Sanz del Castillo, 339), un “aparente salvaje” (Sanz del Castillo, 342), “parecía ser un salvaje” (Truchado, 397).

2.2.3. Estados de la condición salvaje

Hay algún salvaje permanente y otros que lo son únicamente durante cierta etapa de su vida.

Nos encontramos un salvaje cuya condición parece que no va a cambiar en el caso de un nigromante de las *Noches de invierno* de 1609 (Barella) de Antonio de Eslava:

Un viejo nigromántico, que hacía su habitación en aquellos desiertos bosques, todo vestido de rústicas pieles de silvestres animales. Y era tan espantable que no sé como pinte con mi tosca lengua una de sus partes, porque él era un viejo seco, revejido, delgado, amarillo, calvo y arrugado, mustio, cano, carcomido, decrepito, flaco y tembloroso, gastado, impotente, consumido, mugriento, legañoso, desdentado, frío, débil, corcovado, viejísimo y los largos pelos escarchados y la vieja frente con espesas alhorcas. (Eslava, 167)

El personaje produce miedo, tiene pelo largo, va vestido de pieles y vive en un lugar apartado, como los salvajes, pero no coincide en otras características, por ejemplo en su debilidad, que se subraya con toda una serie de adjetivos (“decrepito”, “tembloroso”, “consumido”, “gastado”, “débil”, etc.). Sin embargo, cuando habla lo hace con “discretas y profundas razones” (Eslava, 169). Por sus capacidades mágicas no es un caso aislado, sino que podría tener que ver con otros magos que surgen en la novela de caballerías, como la vellosa Melía en el capítulo CI de las *Sergas de Esplandián* de Rodríguez de Montalvo, “mezcla de mujer salvaje y sabia ermitaña” (Del Río, 151):

[...] una forma de mujer muy fea toda cubierta de vello y de sus cabellos, que en el suelo tocaban; su rostro y manos y pies parecían tan arrugados como las raíces de los árboles cuando más envejecidas y retuertas se muestran. (Rodríguez de Montalvo, 557)

Todos los demás salvajes de la novela corta del XVII lo son de forma temporal, aunque por razones diferentes.

Puede ser por voluntad propia (Truchado; Sanz del Castillo; Vital).

Me he referido al *Honesto y agradable entretenimiento de damas y galanes*, traducción de Francisco Truchado (1578) de las *Piacevoli notti* de Giovan Francesco Straparola. En II, IX, 3 se cuenta la historia de 3 hermanos que van por el mundo peregrinando, el tercero llega a una floresta, oye a un ruiseñor, y decide quedarse, aprendiendo el lenguaje de los pájaros; se describe su aspecto: “Y en este tiempo le creció tanto el cabello, barba y vello que verdaderamente parecía ser un salvaje”, “cubierto de vello, como antes dije, y desnudo, roto y pobre”, así como su relación con animales: “Era ya tan conocido este peregrino mozo de todas las aves como el dios Pan entre los faunos” (Truchado 2016, 397; Truchado 2014, 572-573). Tiene, entonces, algunas de las características que he señalado del salvaje, pero se advierte que su acercamiento al dios Pan no va asociada en este caso a la sexualidad ni a la violencia.

En *No hay desdicha que no acabe*, de *Excesos de amor en 4 novelas ejemplares* (1681), de Antonio Vital Piçarro y Cunha, se cuenta la historia de un personaje llamado Cardenio; enloquecido al ver que su enamorada es casada con otro se convierte en un salvaje marchándose al monte. Él mismo narra los sucesos, señala que quiere irse a una cueva a vivir como una fiera, y se quita su vestimenta; unos pastores le proporcionan prendas rústicas, acogiéndole en un cabaña (8r y v), pero por azar la quema, así como las prendas regaladas, quedando solo con la camisa que llevaba puesta “desnudo y horroroso” (16, pero 8r); después termina siendo protegido por un noble caballero y su condición de salvaje desaparece, lo mismo que su locura momentánea.

Los personajes pueden volverse salvajes por presión de otros (Montalbán; Zayas), o por encierro (Castillo; Zayas).

El protagonista de *La inclinación española* de *La quinta de Laura* de Castillo Solórzano es salvaje solo por la situación de su reclusión. El rey de Polonia decide hacer una cruel prueba y mete a un niño recién nacido que arrebató a sus padres en una cueva; allí vive, prisionero, como otro Segismundo en algunos aspectos, educado primero por una ama y luego por un caballero (139), tiene libros (144) y ropa costosa (143), liberado de la cueva por la hija del rey termina nombrado heredero por este. Vemos entonces que *La vida es sueño* de Calderón y el salvaje se funden.

Paso ahora a centrarme en una novela de Montalbán y en Zayas.

3. *La prodigiosa*

Es la octava y última de las novelas incluidas en *Sucesos y prodigios de amor*, de Juan Pérez de Montalbán, publicados en 1624.

Resumo brevemente el argumento. Gesimundo es hijo del rey Policarpo de Albania, con el que se lleva mal, y hermano de Flaminio, que durante gran parte de la novela parece ser el heredero. Gesimundo se enamora de Policena, mantienen relaciones y Flaminio mata a su hija. Gesimundo hiere a Flaminio y se marcha, viviendo en una cueva. Encuentra a Ismenia, que se enamora de un joven, Tancredo, que aparece donde viven y hasta ellos llega asimismo Policena. Se desata una guerra entre Albania y Armenia, y se descubre al final que Gesimundo es el heredero legítimo e Ismenia su hija, que se casa con Tancredo.

De Gesimundo se dice que iba “vestido de varias pieles de animales, los miembros morenos y robustos, la cara tostada y el cabello crecido” (Pérez de Montalbán 201), en un monólogo precisa que lleva “los pies liados con la piel de un oso” (202), y alude a osos y jabalíes que caza para usar sus pieles de ropa (215).

En cuanto a las armas, lleva “un tronco por espada” (204, 237), descrito como “un árbol entero que, desnudo de ramas y hojas, le servía de arrimo para su cansancio y defensa para su persona”, donde me parece ver una influencia de la estrofa VII del *Polifemo* de Góngora: “a quien el pino más valiente/...que un día era bastón y otro cayado” (Góngora, 157, 206), aunque ciertamente al salvaje se le representa en ocasiones con un bastón o un árbol (Zink, 91). El árbol, además, lo emplea como extraño signo de paz al arrojarlo al suelo (236). Porta asimismo “un carcaj o aljaba de saetas” y un cuchillo (201).

No se presenta directamente a Gesimundo como un gigante, pero se alude a los “miembros robustos” (201), lleva un árbol como arma y alguno que lo conocía de antes se asombra cuando vuelven a encontrarse “de verle tan robusto y diferente de lo que en otro tiempo le había conocido” (234).

Vive en una cueva, calificada positivamente de “breve palacio” (229). El paisaje tiene elementos agrestes: hay un monte (201, 215, 243), una selva (221), peñas (215, 216), peñascos (208), algunas flores son llamadas “groseras” (201), debemos entender que acorde con la naturaleza no cultivada, pero el lugar está lleno asimismo de plantas propias de un jardín: rosales (229), jazmines (221), y se alude al céfiro (216); además se asemeja al del Paraíso: “todo me obedecía como al primer hombre” (215). Estamos ante una mezcla de espacio rústico y espacio cultivado por el hombre (Colón 2014).

Gesimundo convive junto a dos leones (214, 215), si bien solo los vemos a través de las palabras del protagonista, no del narrador. A las fuentes que se han precisado para esta compañía animal (Pérez de Montalbán, 215), cabría añadir la del salvaje que aparece con leones en el capítulo 3 del libro primero del *Palmerín de Inglaterra* (I, 25).

Cuando surge Ismenia en la narración se la presenta como “pastorcilla”, pero después es llamada “discreta serrana” (220); tal vez como recuerdo de las serranas medievales. Va cubierta con “una piel de tigre manchada a trechos” (223), o con “varias pieles de animales” (343), como Polifemo. Al igual que Cardenio en el capítulo XXIII del *Don Quijote* de 1605 aparece en lo alto de un monte y es capaz de huir con rapidez (243). A pesar de su belleza Tancredo le dice que no sea descortés “si no es que del vestido aprendiese costumbres de fiera” (225). No ocurre como en Abarca y Bolea, donde el salvaje enseña religión a la mujer que llega hasta él, pero Gesimundo no deja de hablar a Ismenia de la vida que van a tener, alabando al cielo (216), como si la estuviera instruyendo.

De Policena no se afirma que lleve prendas salvajes. En todo caso, durante un tiempo forman una especie de familia de salvajes, a las que me he referido antes, y que se aprecian también en otros textos literarios, como en el capítulo V del primer libro del *Palmerín de Inglaterra*, donde el salvaje vive con mujer e hijos, aunque es ella la que decide amamantar a los niños que trae el hombre, como al nacido de los dos (28).

Gesimundo tiene una identidad compleja, si bien es hombre, mantiene estrechas relaciones con unos leones, por los vestidos parece un salvaje; es calificado de monstruo (236), incluso por él mismo (206), se señala su “disforme presencia” (206), o se alude a su “forma de bruto o sátiro” (235) y de “fingido sátiro” (206). Su condición de hombre se pone de relieve de varias maneras; en su primera aparición se anota que era “un salvaje en el parecer, aunque no en el alma” (201), y en distintas ocasiones se subraya su piedad (232, 236), frente a la ferocidad que los que le ven le atribuyen (237). Por eso Ismenia le dice después de oírle hablar: “aunque en las señales exteriores pareces hijo destos peñascos, el alma, el valor y el entendimiento están desmintiendo a los ojos” (208), y al ver a su padre Gesimundo le observa que “era hombre como él” (236). Si bien durante la guerra “mudando traje, salió por la corte tan gallardo y airoso” (235), vuelve a sus antiguas prendas, se dice que a reconocer las líneas enemigas por la noche para pasar desapercibido (235), lo cual no deja de resultar sorprendente, puesto que su ropa de salvaje le haría más visible, mas bien es como si Gesimundo se resistiese a abandonar del todo su existencia adánica de salvaje. Así, Pérez de Montalbán parece querer mostrar en el personaje del príncipe diversas naturalezas, y por ende, tal vez en el ser humano.

4. Zayas y los salvajes

Los salvajes hacen acto de presencia en varias novelas de María de Zayas y Sotomayor.

En *Aventurarse perdiendo* de las *Novelas amorosas* de 1637 un hombre se halla en Montserrat, cuyo paisaje se describe con una reiteración del concepto de lo áspero: “ásperas peñas” (Zayas 2000, 173), “ásperas malezas”, “la aspereza del camino” (2000, 174), se alude además a fieras, si bien estas no aparecen (179); el viajero se mete en una zona apartada, lo “más remoto del bosque” (2000, 174), cuando

en un prado se encuentra con una mujer disfrazada de zagal que cuida unas ovejas (177); no hay ningún salvaje, pero cuando el hombre le pide a la dama que le cuente su historia el caballero dice: "me has puesto en tanto cuidado y deseo de saberla que, si me pensase quedar hecho salvaje a morar entre estas peñas mientras estuvieres en ellas, no he de dejarte hasta que me las digas" (2000, 178-179). Se aprecia, pues, la relación entre ermitaños, caballeros, pastores y salvajes de que he hablado antes, aunque en realidad no hay salvajes en la acción.

En *La perseguida triunfante* de los *Desengaños amorosos* de 1647 la situación es diferente.

La leyenda de Genoveva de Brabante, motivo K2111 (Rotunda, 135; Maurici Frades; Gómez Moreno, 64; Romero Tobar, 12-13, 14) se encuentra en la base de *La perseguida triunfante* de Zayas (Barbeito, 202; O'Brien, 308).

Resumo brevemente la novela de Zayas. A Beatriz, mujer del rey Ladislao de Hungría, su cuñado la acusa falsamente de intentar seducirlo, enfadado porque ella no le ama, y, al creerlo el marido, es condenada a perder los ojos, aunque los recobra, pasando por muchos avatares. Se produce un enfrentamiento entre Federico y el demonio que le apoya, por un lado, y Beatriz y la Virgen. Al final Beatriz entra en un convento, lo mismo que su esposo, y Federico hereda el trono.

Federico, después de un año en una rica cárcel que le construye la reina para impedirle cualquier desmán, va a ver a su hermano, que llega en ese momento de la guerra: "no en forma de señor ni príncipe, sino de un salvaje, de un esqueleto vivo, de una visión fantástica" (426), ya que desde que fue encerrado no se ha cambiado la ropa, ni peinado ni cortado el pelo (424). Resulta muy atrayente esa vinculación entre salvaje y "visión fantástica", ya que se ha apuntado la relación de algunos salvajes con el mundo sobrenatural (Zink, 90).

Beatriz, por su parte, permanece dos veces en la naturaleza. Primero en dos breves ocasiones en un mismo sitio, un "agradable y deleitoso prado, cercado de espesos álamos, chopos y sauces" (432) con una "clara y cristalina fuente" (432); si bien el lugar se encuentra próximo a "un monte de espesas matas y arboledas", en una "quebra de las peñas, que parecía en la profundidad que bajaban a los abismos" (430). Cerca de la fuente es llevada de nuevo, pero esta vez el espacio parece el agreste a que he hecho antes referencia, puesto que Beatriz tiene miedo de "salteadores" y "bestias fieras" (444), que no aparece, como habíamos visto en *Aventurarse perdiendo*.

La segunda es bastante más larga; durante ocho años (457) Beatriz vive en una cueva, situada en unas "peñas muy encubiertas", con un arroyo en la entrada y una palma llena de frutos (454); no caza, aunque cerca de ella hay "voladoras aves y simples conejuelos y sueltos gamos, donde te hallarás mejor que con los hombres" (454); no se dice que hable con ellos, pero la Virgen le insiste en que "no comuniqués con más gentes que con las voladoras aves" (454), como en cierta manera pasaba en la historia de Truchado. La ropa que llevará será la de un ermitaño, que encuentra en la cueva: "grosero saco [...] cuerda [...] cruda toca" (455; Barbeito 202-204), amén de disponer de una cruz, un rosario, unas disciplinas y libros religiosos (455). Se acerca, pues, a esas ermitañas-salvajes de las que he hablado antes. Durante ese tiempo beberá agua de una fuente (455-456) y solo se alimentará de los frutos de la palma, tal vez en un cruce con la vida de Santa María Egipcíaca, que vivió en el desierto de los frutos del mismo árbol (Giorgi, 243), o por la vinculación entre el martirio y la palma

(Giorgi, 75), De hecho, aunque no lo es estrictamente, es llamada “santa mártir” (465), y en varias ocasiones su situación es considerada como un “martirio” (431, 453).

Federico es visto como un salvaje, si bien nunca mora en la naturaleza, sino en una rica reclusión, pero por su comportamiento posterior asume la ferocidad que se atribuía en algunos casos a los hombres salvajes, y en *Zayas* más en general a todos los hombres; como se previene al final de *La inocencia castigada*, otra novela de la misma colección:

No hay que fiar en hombres ni maridos, que todos son hombres. Y como dijo el rey don Alonso el Sabio, que el corazón del hombre es bosque de espesura, que nadie le puede hallar senda, donde la crueldad, bestia fiera y indomable, tiene su morada y habitación. (288)

Se trata de una idea que en *La perseguida* se reitera con palabras similares: “corazón de los hombres, bosques de espesura, que así los llamó el rey don Alonso el Sabio, en lo verdadero, y el dios Momo en lo fabuloso” (460).

Sin embargo, Federico se arrepiente y al final no es castigado.

Beatriz, en cambio, vive en la naturaleza, pero nunca es llamada salvaje, creo que para no asimilarla a Federico, sino a las ermitañas.

Por último, quiero destacar un caso especial en *El traidor contra su sangre* de los *Desengaños amorosos*. En esta novela aparece un hombre, hijo de español y napolitana, al que se le acusa de toda clase de vicios (386), y que, al haber colaborado en el asesinato de una mujer, termina siendo ahorcado (394, 397). De este personaje se comenta:

Este era “clérigo salvaje” y porque no se extrañe este nombre, digo que hay en Italia unos hombres que, sin letras ni órdenes, tienen renta por la Iglesia, solo en andar vestidos de clérigos, y llámanlos “prevetes salvajes”, y así lo era Marco Antonio que este era su nombre”. (386)

Según Santiago López-Ríos podría entenderse aquí “salvaje” en sentido figurado (1995, 156). Pero podría tratarse de un uso especial. Alonso de Contreras da la siguiente explicación en su *Vida*, durante su estancia en Nápoles: “Y uno de estos clérigos salvajes, que así los llaman en este reino porque no tienen más de las primeras órdenes y son casados muchos” (Contreras, 233). Hubo efectivamente una serie de quejas en Nápoles por la cantidad de clérigos salvajes, o “diaconi salvaggi”, que tomaban órdenes menores y no querían las mayores para así pagar menos impuestos (D’ Agostino, 43, 59). Además, “clerici selvaggi” era en Nápoles un apodo de galeotes (Solá, 293). No he encontrado, empero, la expresión “prevetes salvajes”. Puede que la escritora se refiera a ellos. *Zayas* parece saber entonces que los clérigos salvajes eran propios de Nápoles, pero no los sitúa claramente, puesto que afirma que no tienen órdenes, cuando poseían las menores.

5. Conclusiones

La aparición de la palabra “salvaje” en ciertos textos (Truchado, Pérez de Montalbán, *Zayas*, Sanz del Castillo) no tiene que ocultar la presencia de la figura en

las novelas cortas del XVII, pues aunque en ocasiones no son llamados los personajes con ese nombre mantienen algunos de sus rasgos.

En las historias se plantean problemas como gobierno justo/injusto (Eslava, Pérez de Montalbán, Castillo Solorzano, Zayas), así como conflictos familiares (Eslava, Pérez de Montalbán, Vital, Zayas), y no deja de presentarse una naturaleza dual del ser humano: animal/racional (Abarca; Pérez de Montalbán; Sanz del Castillo). Este dualismo se advierte en ciertas alusiones al salvaje ya vistas: “era hombre y no fiera” (Abarca), “aborto racional” (Sanz del Castillo), “salvaje en el parecer, aunque no en el alma” (Pérez de Montalbán).

El salvaje de la novela corta recoge ciertos elementos convencionales de esta figura, pero se lleva a cabo una metamorfosis. Se produce una disminución (Abarca) o desaparición de ciertos rasgos en la caracterización física del salvaje (Castillo Solórzano), al igual que en su violencia y sexualidad (solo en Sanz del Castillo y Zayas), aunque hay que recordar la robustez de Gesimundo en Pérez de Montalbán. Además tiene lugar cierta vuelta a lo divino de la historia del salvaje (Abarca, Zayas y parcialmente en Montalbán).

En estos relatos se funden varios géneros (novelas de caballerías, novela pastoril, teatro), así como diversas figuras literarias (Cardenio, Segismundo, Polifemo) y tipos (pastores, locos, ermitaños).

Obras citadas

- Abarca de Bolea, Ana Francisca. *Vigilia y Octavario de San Juan Bautista*. M.^a Ángeles Campo Guiral ed. Huesca: Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1993.
- Alonso, Álvaro. “Sobre los orígenes de un motivo en la lírica cancioneril.” *Bulletin of Hispanic Studies* LXX (1993): 213-218.
- Alonso, Álvaro. “Las metamorfosis del cíclope.” En Gregorio Cabello Porras y Javier Campos Daroca eds. *Poéticas de la metamorfosis. Tradición clásica, siglo de oro y modernidad*. Málaga: Universidad de Málaga / Universidad de Almería, 2002. 273-282.
- Antonucci, Fausta. *El salvaje en la comedia del Siglo de Oro. Historia de un tema de Lope a Calderón*. Pamplona / Toulouse: RILCE / LESO, 1995.
- Avallé-Arce, Juan Bautista. *La novela pastoril española*. Madrid: Istmo, 1974².
- Azcárate, José María. “El tema iconográfico del salvaje.” *Archivo español de arte* 21.82 (1948): 81-99.
- Barbeito, M^a Isabel. “Mujeres eremitas y penitentes. Realidad y ficción.” *Via Spiritus* 9 (2002): 185-215.
- Barella, Julia. “Las *Noches de Invierno* de Antonio de Eslava: entre el folklore y la tradición erudita.” *Príncipe de Viana* XLVI (1985): 513-565.
- Bartra, Roger. *El salvaje en el espejo*. Barcelona: Destino, 1996.
- . *El salvaje artificial*. Barcelona: Destino, 1997.
- Berhnheimer, Richard. *Wild Men in the Middle Ages*. Cambridge: University Harvard Press, 1952.
- Bonilla Cerezo, Rafael ed. *Novelas cortas del siglo XVII*. Madrid: Cátedra, 2010.
- Castillo, Cristina y José Manuel Pedrosa. “El cuento novela de «Fortunatus» (at 566): de la *Gesta Romanorum* al *Apólogo de la desdicha en la ventura* de Ana

- Francisca Abarca de Bolea.” *Revista de literatura medieval* XVIII (2006): 129-272.
- Castillo Solórzano, Alonso de. *La quinta de Laura*. Christelle Grouzis Demory ed. Madrid: Editorial Verbum, 2014.
- Cervantes, Miguel de. *Don Quijote de la Mancha*. Martín de Riquer ed. Barcelona: Planeta, 2002.
- Colón Calderón, Isabel. “Jardines y huertas en la novela corta del XVII.” *Analecta Malacitana* XXXVII.1-2 (2014): 155-179.
- Contreras, Alonso de. *Discurso de mi vida*. Henry Ettinghausen ed. Madrid: Espasa Calpe, 1988.
- D’Agostino, Guido. *Parlamento e società nel Regno di Napoli: secoli XV-XVII*. Nápoles: Guida Editori, 1979.
- Del Río, Alberto. “Figuras al margen: algunas notas sobre ermitaños, salvajes y pastores en tiempos de Juan del Encina.” En Javier Guijarro Ceballos ed. *Humanismo y literatura en tiempos de Juan del Encina*. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1999. 148-161.
- Deyermond, Alan D. “El hombre salvaje en la ficción sentimental.” En *Tradiciones y puntos de vista en la ficción sentimental*. México: Universidad Autónoma, 1993. 17-42.
- Egido, Aurora. “El vestido de salvaje en los autos sacramentales de Calderón.” En *Serta Philologica Fernando Lázaro Carreter*. Vol. 2. Madrid: Cátedra, 1983. 171-186.
- Eslava, Antonio. *Noches de invierno*. Julia Barella ed. Pamplona: Gobierno de Navarra / Institución Príncipe de Viana, 1986.
- Foti, Vittoria. “Relecturas del *Decamerón* y del *Amadis de Gaula* en Matteo Bandello.” *Cuadernos de Filología italiana* [Número extraordinario] (2010): 29-41.
- Giorgi, Rosa. *Santos*. Barcelona: Electa, 2002.
- Gómez Moreno, Ángel. *Claves hagiográficas de la literatura española (del Cantar de Mio Cid a Cervantes)*. Madrid / Frankfurt am Main: Iberoamericana / Vervuert, 2008.
- Gómez Tabanera, José Manuel. “La conseja del hombre salvaje en la tradición popular de la Península Ibérica.” En *Homenaje a Julio Caro Baroja*, Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, 1978. 471-509.
- Góngora, Luis de. *Fábula de Polifemo y Galatea*. Jesús Ponce Cárdenas ed. Madrid: Cátedra, 2010.
- Guillén de la Nava, Manuel. “La leyenda del villano del Danubio de Fray Antonio de Guevara o la retoricación del mito del buen salvaje en el siglo XVI.” En Alberto Navarro González, Juan Carlos Pueo Domínguez, Alfredo Saldaña Sagredo, Túa Blesa eds. *Actas del VII Congreso Internacional de la Asociación Española de Semiótica (Investigaciones Semióticas VII) celebrado en la Universidad de Zaragoza del 4 al 9 de noviembre de 1996*. Vol. 2. Zaragoza: Universidad, 1998. 606-610.
- Lope, Monique de. “Portrait de la serrana en femme sauvage.” En *Traditions populaires et textualité dans le Libro de Buen Amor*, Montpellier: Université Paul Valéry, 1984.

- López Poza, Sagrario. "Moral neoestoica alegorizada en *El Criticón*". En M.^a Soledad Arredondo coord. *Géneros híbridos y libros mixtos en el Siglo de Oro, Memorias de la Casa de Velázquez* 43.2 (2013): 153-179.
- López Ríos, Santiago. "El concepto de salvaje en la Edad Media Española: algunas consideraciones." *Dicenda* 12 (1994): 144-155.
- . "Los desafíos del caballero salvaje. Notas para el estudio de un juglar en la literatura hispánica del Siglo de Oro." *Nueva Revista de Filología Hispánica* 43 (1995): 145-159.
- . "La parodia del caballero salvaje en el episodio de Camilote de la *Tragicomedia de Don Duardos*." En José Luis García Barrientos y Esteban Torre Serrano eds. *Comentario de textos hispánicos. Homenaje al profesor miguel Ángel Garrido Gallardo*. Madrid: Síntesis, 1997. 259-272.
- . *Salvajes y razas monstruosas en la literatura castellana medieval*. Madrid: FUE, 1999.
- Madrigal, José Antonio. *La función del hombre salvaje en el teatro de Lope de Vega, Tirso de Molina y Calderón de la Barca*. Ann Arbor: University of Kentucky, 1974.
- Maurici Frades, Magdalena. "Genoveva de Brabante: génesis del personaje y su lugar en la historia de la edición." *Bulletin Hispanique* 110.2 (2008): 573-600.
- Mazur, Oleh. *The Wild Man in the Spanish Renaissance and Golden Age Theater* [1966]. Ann Arbor: Vilanova University of Microfilms International, 1980.
- Montemayor, Jorge de. *La Diana*. Asunción Rallo ed. Madrid: Cátedra, 1991.
- O'Brien, Eavan. "Locating the Diary of *Persecuted Innocence*: María de Zayas' Adaptation of Hagiographic Historias." *Bulletin Hispanic Studies* LXXXVII.3 (2010): 295-314.
- Olivares Martínez, Diana. "El salvaje en la baja Edad Media." *Revista digital de iconografía medieval* V.10 (2013): 41-55.
- Orobitg, Christine. *L' humeur noire: mélancolie, écriture et pensée en l'Espagne aux XVIe et XVIIe siècles*. Bethesda, International Scholars Press: 1997.
- Palmerín de Inglaterra*. Madrid: Miraguano, 1979.
- Pego Puigbó, Armando. "Un discurso jurídico y literario sobre el amor." *Dicenda* 13 (1995): 237-247.
- Pérez, Santiago A. "El motivo de los «hombres salvajes» en *El Victorial*." En Gloria B. Chicote ed. *Extraños en la casa. Alteridad y representación ficcional en la literatura española (siglos XIII a XVII)*. La Plata: Universidad de la Plata, 2007. 55-66.
- Pérez de Montalbán, Juan. *La prodigiosa*. En *Novelas cortas del siglo XVII*. Rafael Bonilla Cerezo ed. Madrid: Cátedra, 2010. 201-244.
- Pinillos, M.^a del Carmen. "Los emblemas en el *Quijote*. El episodio de las bodas de Camacho." *Criticón* 71 (1997): 93-104.
- Pizarro Gómez, Francisco Javier. "Arte y espectáculo en las fiestas reales del Buen Retiro en 1637." *Norba* 7 (1987): 133-139.
- Pizarro Gómez, Francisco Javier y Pilar Mogollón Cano-Cortés. "El tema del salvaje en la sillería de coro de la catedral de Plasencia." *Anales de Historia del Arte* 4 (1993-1994): 455-462.
- Ponce Cárdenas, Jesús. *Cinco ensayos polifémicos*. Málaga: Universidad, 2009.

- Rodríguez de Montalvo, Garcí. *Las Sergas de Esplandián*. Carlos Saiz de la Maza ed. Madrid: Castalia, 2003.
- Romero Tobar, Leonardo. “Fermoso cuento de una enperatriz que ovo en Roma: entre hagiografía y relato caballeresco.” En Yves-René Fonquerne y Aurora Egido coords. *Formas breves del relato*, Madrid/Zaragoza: Casa de Velázquez/Universidad, 1986. 7-18.
- Rotunda, Dominic P. *Motif-Index of the Italian Novella in Prose*. New York: Haskell House, 1973.
- Solá Castaño, José Emilio. “Espías muladies: los nombres de la información en las fronteras del Mediterráneo.” En Gregorio Salinero e Isabel Testón Núñez eds. *Un juego de engaños. Movilidad, nombres y apellidos en los siglos XV a XVIII*. Madrid: Casa de Velázquez, 2010. 287-293.
- Spitzer, Leo. “En torno al Arcipreste de Hita.” En *Lingüística e historia literaria*. Madrid: Gredos, 1955. 103-60.
- Straparola, Giovan Francesco. *Honesto y agradable entretenimiento de damas y galanes* [1578]. Francisco Truchado trad. y Leonardo Coppola ed. Madrid: Sial. 2016.
- Truchado, Francisco. *Honesto y agradable entretenimiento de damas y galanes*, G. F. Straparola [1578]. Marco Federici ed. Roma: Nuova Cultura, 2014.
- Vallejo Naranjo, Carmen. “El caballero y su pathos: el caballero salvaje. El espíritu de lo apolíneo y lo dionisiaco en la iconografía medieval.” *Laboratorio de arte* 22 (2010): 19-32.
- Villena, Enrique de. *Obras completas*. Vol. 1. Pedro Cátedra ed. Madrid: Turner, 1994.
- Vital Piçarro y Cunha, Antonio. *Excesos de amor en 4 novelas ejemplares*. Lisboa: s. e., 1681.
- Zayas y Sotomayor, María de. *Desengaños amorosos*. Alicia Yllera ed. Madrid: Cátedra, 1998.
- . *Novelas amorosas y ejemplares*. Julián Olivares ed. Madrid: Cátedra, 2000.
- Zink, Michel. “Serrana et femme sauvage.” En *La pastourelle. Poésie et folklore au moyen âge*. Paris/Montréal: Bordas, 1972. 86-96.
- . “Femme sauvage et dame courtoise.” En *La pastourelle. Poésie et folklore au moyen âge*. Paris/Montréal: Bordas, 1972. 97-103.